

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 70.

Alicante 23 de Marzo de 1872.

Año III.

JESUS.

Hé ahí un nombre que no puede menos de revelar la divinidad. Jamás el mundo fué conmovido á la manera en que vino á conmoverle este nombre poderoso. Una revolucion universal que se anuncia desatando las cadenas de la esclavitud; rompiendo las vendas de la ceguera, sanando enfermos y resucitando muertos; una revolucion iniciada por un hombre que dice: amaos como hijos todos del padre que tenéis en los cielos; renunciad la prosperidad terrenal: venid conmigo sin escandalizaros de la ignominia y el sacrificio de la cruz, no es la revolucion de Babilonia ni de Roma, de Alejandro ni Cesar; es la revolucion divina agitando la humanidad en el fondo de su corazon, para desterrar del mundo las desdichas que le afligen. Jesus: hé ahí el grito de esa revolucion gigantesca cuyo foco late en Judea con una intensidad soberanamente divina. El amor es la máquina fulminante que ha de aplanar las montañas, refugio de los enemigos, y ha de calcinar los muros de esa tan invencible como ingrata Sion.

Frente al amor se ha de colocar en la tremenda guerra..., el odio funesto, con la maldad y la perversion.

Una turba del populacho, impresionada por los discursos de los príncipes de la Sinagoga, sobornado por el oro de los ricos, gritaba desaforadamente ante la casa de Pilatos en una plaza de Jerusalem: ese hombre conmueve al pueblo y pone en peligro el imperio del César.

Aquel hombre, en efecto, se habia presentado hacia tres años en Cafarnaum, enseñando una doctrina que electrizaba á las muchedumbres. Sobre un monte, estendidos por su falda incalculable número de oyentes, les hablaba de la bienaventuranza á los pobres, á los mansos, los humildes de corazon y los amigos de la justicia. Su voz calmaba las tempestades, heria los corazones su acento, su dedo abria los ojos del que nació sin vista, su palabra desconcertaba á los sábios, su amorosa compasion arrancaba lágrimas á los mas duros. Aquella voz dulcísima que consolaba á la pobre mujer de Canaán y resonó trémula y acongojada en el sepul-

cro de Lázaro, se convertía en espantoso trueno del Sinaí ante la hipocresía de los fariseos, y formulaba contra su incredulidad esta terrible sentencia: *morireis en vuestro pecado.*

Jesus, era el asunto y la preocupación de las regiones de Palestina: «*conmovet populum:*» conmueve al pueblo.

El mismo Pilatos hubo de tener sus momentos de conmoción, cuando al contemplar aquella indefinible mansedumbre pálida y estenuada, desgarrada por la flagelación y coronada de sangrientas espinas, oyó de sus purísimos labios estos acentos que le harían temblar en el fondo de su corazón: los que me han entregado á tí, tienen mayor pecado.» El silencio de Jesús apesar de la inocencia reconocida y confesada; el desusado encono de los príncipes y magistrados; aquella sublime é inocente mirada del Hijo de Dios, hicieron vacilar al juez entre el valor del martirio y la cobardía de la transacción ante la amenaza de tan terribles acusadores.

La acusación principal consistía en haberse hecho creer como Dios é hijo de Dios, Mesías y rey de los judíos. ¿Tú eres rey? le preguntaba el juez, con vivo interés y marcada ansiedad de penetrar en el misterioso silencio de un *hombre*, que se resignaba á la afrenta de la cruz. «Mi reino no es de este mundo, si lo fuese, mi padre desde los cielos enviaria legiones de ángeles

que me libertasen de mis enemigos.»

Cuanto mas crecia en Pilatos el temor de pronunciar sentencia de muerte contra aquel *hombre* tan celestial, tan injustamente oprimido y vilipendiado, atropellado y escarnecido, tanto mas arreciaba la tempestad de las turbas impelida por el soplo de la envidia de aquellos miserables magnates de un pueblo envilecido.

Jesús conmoviendo los corazones de los buenos, agitando secretamente las malvadas conciencias de los esclavos de la iniquidad, salió por fin arrastrando el madero que habia de servirle de suplicio.

Iba el Gólgota á recibir la víctima esperada desde los dias de Adán, figurada en los tiempos de Moisés, y señalada para entonces por Daniel: «*occidetur Christus.*»

El sol replegó toda su lumbre, la tierra tembló horrorizada al sentirse el peso de la *divina humanidad* moribunda, las tinieblas de los abismos fueron estendidas por el espacio, el terror dejó mudo al Universo para que solo resonara la voz del Dios-Hombre que clamaba al morir: «*Padre en tus manos encomiendo mi espíritu.*»

Allí, allí en el *Calvario* comenzó Jesús á conmover verdaderamente á los pueblos. Si no hubiese sido verdaderamente hijo de Dios, los príncipes de la infiel Jerusalem hubiesen sabido acallar con facilidad aquel grito lanzado por los mismos ejecutores de la horrible sentencia

en el momento de morir: *verdaderamente este era el Hijo de Dios.*

Pero léjos de acallar aquel grito espontáneo, hijo de la convicción y de la gracia, crece la conmoción entre las gentes, se propaga de región en región y comienza á dividir el mundo en dos bandos: los que creen, y los que no creen en el nombre del *Unigénito de Dios.* El mundo de los que creyeron, avasalló despues de vencido al imperio de la incredulidad, y cayeron derribados los simulacros del error, del fanatismo y la corrupcion.

Sigue Jesús conmoviendo los pueblos despues de la iniquidad del Gólgota, y es aquella cruz de la afrenta, el orgullo y la enseña gloriosa de los pueblos de su fé. Sigue tambien el odio irreconciliable de los grandes sinagogos en toda región y tiempo, combatiendo contra el amor invencible del Hijo de Dios. Ese amor que pudo vencer á los Césares regando con la sangre de millones de víctimas las plazas y los circos; que pudo domar la barbarie con la suavidad de su influencia, lucha hoy por vencer la indomable arrogancia de un siglo que le disputa al Amor Divino su pacífico imperio.

J. B.

EL TRIUNFO DE JESUS.

Si la Historia Sagrada es, como ha dicho un sabio, un libro que debe leerse

desde la niñez á la edad madura, la vida de Nuestro Señor Jesucristo es el modelo sublime que hemos de tener perpétuamente á la vista los que de discipulos é imitadores suyos nos preciamos.

En esta vida admirable vienen á converger todos los pasajes bíblicos, todas las escenas que, ora con encantadora sencillez, ora con arrebatado lirismo nos refieren el testamento antiguo, y nos anuncian los Profetas que de antiguo le anunciaban. De la divina boca de este Padre de familias oimos las cosas *nuevas* y *viejas* que esplican los ritos y ceremonias de la antigua ley; y en sus hechos nos presenta el ideal sublime de la perfeccion humana.

De aquí que sus palabras y hechos, que son las palabras y los hechos de la sabiduria infinita, se extiendan á todos los órdenes de ideas, á todas las esferas en que se mueve de continuo la humanidad.

Acercábase apresuradamente la hora de la manifestacion de Dios: esto es, la hora en que elevado sobre un monte y sobre una cruz, habia de ser el blanco y la espectacion de las generaciones que fueron y de las que estaban por venir: ya habian oido los apóstoles de sus divinos lábios las circunstancias todas de su muerte y su resurreccion, cuando deteniéndose á la vista de Jerusalem envia á dos de sus discipulos á la aldea inmediata para que le trajesen dos humildes animales: una pollina y un asno. La primera, que habia estado ya bajo del yugo, figuraba la Sinagoga de los judios que vivian largo tiempo sujetos al penoso yugo de la ley; y el pollino, hijo de aquella, representaba al pueblo de los genti-

les que había vivido libre hasta entonces de toda sujecion. El Señor se sentó sobre los dos para significar que los que se le habian de sujetar como á legislador divino de la nueva alianza, serian tomados de entre los judios y los gentiles, y que les conduciria á todos á la ciudad santa y pacífica, representada por Jerusalem, llenándoles de su dulzura, y enseñándoles la verdad de sus caminos. Así lo sienten S. Agustin y S. Gerónimo, los dos gigantes del catolicismo.

Lleno de mansedumbre y de bondad elige el divino maestro estos pobres animales, para recibir una espontánea ovacion y entrar triunfante en la ciudad á quien se habia dicho por boca de Isaías, de Zacarías y de Juan: «Hija de Sion, hé aquí tu rey que viene manso para tí sentado sobre una asna y un pollino, hijo de la que está bajo de yugo.»

Una gran muchedumbre se apresura á despojarse de sus vestiduras para alfombrar el camino, y cortando con estusiasta afan ramas de palma, símbolo de la victoria, y de olivo, emblema de paz, rodean al esperado Mesias, aclamándole con atronadoras voces, Hijo de David, enviado de Dios.

La ciudad despertó asombrada al eco de la multitud; ocupada en sus habituales faenas, no se cuidaba del Reino de Dios, y se preguntaba conmovida: *¿Quién es este?*

En tanto el Señor atravesaba las revueltas calles y entraba en el templo blandiendo el látigo de su justicia, y arrojaba de él á los que le profanaban con sus tráficos, sus fraudes y sus usuras.

¿Quién eres? preguntábanle allí á su vez los príncipes de los sacerdotes y los escribas; y los ciegos que veian y los

cojos que ya andaban, y los niños de pecho, repetian á una voz: *¡Hosanna al Hijo de David!*

Después de triunfo tan portentoso, el Señor se alejó, dejándolos envueltos en su ignorancia tan malvada como supina. Al dia siguiente volvía á Jerusalem, transido de hambre y de fatiga: eran los preludios de la tormentosa pasion que le amagaba.

Esta es la historia de todos los triunfos, la historia de todas las grandezas y de todas las vanidades mundanas. El aura popular la producen todos los vientos y rueda con facilidad hasta soplar en los mas opuestos sentidos, produciendo á las veces las mas furiosas tempestades.

Si nuestro Divino Redentor se hubiese propuesto reinar temporalmente en Jerusalem, como creian torpemente los judios, sobrábanle, humanamente hablando, elementos para ello; pero el Señor aspiraba á mas: queria reinar eternamente sobre todos los pueblos, sobre todas las razas, sobre todos los imperios; por esta razon prescinde de los vítores y aplausos de la multitud, y encamina sus pasos hácia la soledad, donde experimenta los horrores del hambre y de la sed, precursores de la muerte cruel con que aquel mismo pueblo habia de pagar sus beneficios.

La cruz, emblema del sufrimiento, lo es tambien de las grandes esperanzas: en una cruz halló el buen ladron la entrada del reino eterno; en la cruz y por la cruz hallarán únicamente los hombres y los pueblos y las naciones el triunfo veraz y legitimo de las nobles aspiraciones del alma.

Á LA MUERTE DE JESÚS.

¿Y eres tú el que, velando
La excelsa magestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? Y el impío bando,
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado
Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado;
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena,
Amor más poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes, y leon fuerte
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon de cándido cordero.

¡Oh victima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aún no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno
Moriste en los decretos del Eterno.

Ay! ¿Quién podrá mirarte,
Oh paz, oh gloria del culpado mundo?
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus megillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles:
Al Santo perdonad, muera el malvado:
Si sois de nn justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado;
Si la impiedad os guia
Y en la sangre os cebais, verted la mia.

Mas ay! que eres tu solo
La víctima de paz que el hombre espera;
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,

Ante Dios irritado,
No expiacion, fuera pena del pecado.
Que no, cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendia,
Y á la maldad que dominaba el suelo,
Y á las malvadas gentes envolvía,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora:
El sol, amortecida la alba lumbre
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado
Domador de la muerte y del Averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita...

¿Oyes, oyes cual clama,
Padre de amor, por qué me abandonaste?
Señor, estingue la funesta llama,
Que en tu furor al mundo derramaste:
De la acerba venganza
Que sufre el justo nazca la esperanza.

¿No veis como se apaga
El rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesús doliente,
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.

Ven, ángel de la muerte,
Esgrime, esgrime la fulmínea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al sólio sagrado
Do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno oh tierra:
Rompe, oh templo, tu velo. Moribundo
Yace el Criador: mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo:
Muere... Gemid humanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

Alberto Lista.

SENTENCIA DE JESUCRISTO.

Sentencia pronunciada por Poncio Pilato, gobernador regente de la Baja-Galilea, relativa á que Jesus de Nazareth sufra el suplicio de la cruz.

«El año diez y siete del imperio de Tiberio César, y el vigésimo quinto dia del mes de Marzo, en la ciudad santa de Jerusalem, siendo Anás y Caifás los sacerdotes sacrificadores del pueblo de Dios;

«Poncio Pilato, gobernador de la Baja-Galilea, colocado en la silla de presidencia del Pretorio;

«Condena á Jesus de Nazareth á la muerte de cruz entre dos ladrones, en atencion á que los grandes y notorios testigos del pueblo han alegado:

- 1.º Que Jesus es seductor.
- 2.º Que es sedicioso.
- 3.º Que es enemigo de la Ley.
- 4.º Que se dice falsamente hijo de Dios.
- 5.º Que falsamente se titula Rey de Israel.
- 6.º Que entró en el templo seguido de la muchedumbre con palmas en la mano.

«Manda al primer Centurion Quirilo Cornelio que lo lleve al lugar del suplicio.

«Prohibe á todas las gentes pobres ó ricas que se opongan á la muerte de Jesus.

«Los testigos que han firmado la sentencia contra Jesus son: 1.º Daniel Robano, fariseo: 2.º Juan Zorobatel: 3.º Rafael Robani: 4.º Capet, hombre público.

«Jesus saldrá de la ciudad de Jerusalem por la puerta judiciaria.»

Esta sentencia está grabada en una plancha de cobre. En un lado se hallan escritas estas palabras: «Igual plancha se ha enviado á cada tribu.»

Fué hallada dentro de un vaso antiguo de mármol blanco, en ciertas escavaciones que se hicieron en la ciudad de Aquila, en el reino de Nápoles, en 1820, y fué descubierta por los comisionados artistas que seguian al ejército francés. Cuando la expedicion de Nápoles se hallaba en la sacristia de la Cartuja, junto á esta ciudad, encerrada en una caja de ébano. El vaso se halla en la capilla de Caserta.

La traduccion que acaba de leerse fué hecha por los miembros de dicha comision. El original está en hebreo.

Los religiosos cartujos consiguieron con sus ruegos que no se llevasen esta plancha; y tuviéronse en consideracion los grandes sacrificios que ellos habian hecho á favor del ejército.

Mr. Denon mandó hacer una plancha igual, en la que hizo grabar dicha sentencia. Al venderse su gabinete, fué comprada por lord Howard por precio de 2.890 francos.

(Le Droit.)

SOLEDAD DE MARÍA.

Silencio y soledad! luto y tristeza!
Ni el ave entona su cancion festiva,
Ni el aura entre los árboles del bosque
Deja escuchar sus leves armonias.
Corren las aguas del arroyo humilde
Sobre su lecho de pintadas guijas,
Y el ruido sordo de sus aguas eesa,
Y de sus ondas el rumor espira.

El anchuroso rio, entre las rocas,
Manso como el arroyo se desliza;
Y el antiguo fragor de sus cascadas
Apenas oye la escarpada orilla.
Negras las nubes, cual fantasmas vagos
De un mundo de grandezas infinitas,
Cubren el cielo, cuyas luces mueren,
Y de la tierra en torno unidas giran.
Callan de la ciudad todos los ruidos,
La lumbre en los hogares agoniza,
Las fieras en su bosque se acorralan
Y el hombre tiembla, la mujer suspira,
El niño llora y el malvado gime;
Que se cumplen al fin las profecías.

Allá en el fondo del oscuro llano
Alzase suave desigual colina,
Que sombra opaca alrededor esparce;
Y en lo más alto de su enhiesta cima
Véase una cruz, donde animoso y fuerte,
Porque su falta el pecador redima,
Muere olvidado el que bajó á la tierra
Para llamarse el Hijo de María.
Junto al leño afrentoso no hay un hombre;
Una mujer no más débil suspira,
Y sus suspiros, que hasta el leño suben,
Del Hombre-Dios completan la agonía.
Sola en el mundo, sin amparo y yerta,
Ella tan solo al mártir se aproxima;
Que al amor de una madre, no hay nin-
Que supere ni iguale todavía. (gano
Sola está allí con su dolor inmenso,
Sola con el cadáver que la mira;
Cual si quisiera entonces, yerto y frio,
Del mundo perdonar la alevosia,
Y á la Madre sublime que le llora,
Encargarle los hijos que le olvidan.

Sola está allí; sus lágrimas son fuego:
Sola está allí; su pena es infinita:
Y al verla así las trinadoras aves,
La juguetona y perfumada brisa,
El ancho rio que entre rocas corre,
El manso arroyo que en la arena brilla,
Las fieras que en el bosque se acorralan,
Las negras nubes que en el cielo giran,
Luto y tristeza y soledad pregonan;

Que así tan solo á la infeliz María,
Rosa preciada del jardin divino,
Nitida estrella que hasta el sol envidia,
Reina entre reinas del celeste empireo,
Virgen y Madre de los hombres guía,
Prestan consuelo en las dolientes horas
De aquella soledad nunca creida,
Y enmudeciendo todos, solo dejan
Que llegue á Dios la voz de su agonía.

M. Seco y Shelly.

Á MARÍA EN SUS DOLORES.

PLEGARIA.

*Magna est velut mare
contritio tua.*

Salve, Virgen dolorosisima, mar de quebrantos, piélago insondable de amarguras y aflicciones!

Angustiadísima Madre, vuestra tribulacion es inmensa como el océano, ¿quién la podrá comprender? ni quién os podrá consolar?

En la Cruz y á su pié padecisteis Jesus y Vos: uno mismo fué el holocausto de ambos; el de Jesus en la sangre que corria de todo su cuerpo; el vuestro, por decirlo así, en la que corria de vuestro corazon. Habeis sufrido, Virgen Santa, mas allá de lo que las fuerzas de la naturaleza humana pueden sufrir, porque amabais mas que á vos misma lo que era la causa de vuestros dolores. (Arnaldo de Chartres.)

Los que han muerto por Jesucristo han sido mártires; pero vos lo habeis sido mas que todos, porque habeis padecido con Jesucristo. (S. Gerónimo.)

En los otros mártires el amor que

tenian á Jesucristo endulzaba el dolor que causaban sus tormentos; pero en Vos el amor á Jesucristo os hacia sufrir mas y aumentaba vuestros dolores. (San Bernardo.)

Tan grande fué el dolor que padecisteis, Virgen santísima, que si se hubiese repartido entre todas las criaturas capaces de sentimiento, hubiese causado la muerte á todas. (S. Bernardino de Sena)

Vuestro Hijo, Virgen Santa, ha sufrido en su cuerpo y Vos en vuestra alma: pero todas sus llagas repartidas en cada miembro de su cuerpo, se encuentran todas reunidas en vuestro corazon. (San Buenaventura.)

¡O dulcísimo y afligidísimo corazon de María convertido en un abismo de dolores! ¿quién no se compadecerá de tí? ¿quién no te amará? Amete, y ámete mucho el que vive sumergido en este mar de miserias, porque de tí emana todo consuelo.

¡O María! ¡qué dichosos los mortales con ser hijos vuestros! ¡qué pingüe herencia tenemos asegurada!

Sin dolor, purísima Señora, fuisteis constituida Madre de Dios; solo por medio de acerbísimos dolores llegasteis á ser madre nuestra. ¡Qué robustísimo motivo de amor, de veneracion y de reconocimiento!

En el calvario fuimos declarados hijos vuestros: ¿quién nos puede privar de que seais siempre nuestra Madre? ¡Divina Madre! ¡dichosos hijos!

Vos sois, divina Reina, un puerto seguro para los que se hallan combatidos de las borrascas. Vos consolais á todos, y puede decirse que ninguno se ha salvado sin Vos. (S. Efren.)

O Reina del mundo! admitid la súplica de un pecador, que por pecador que sea, no deja de amaros tiernamente, y de honraros como aquella de quien espera su consuelo, y por quien espera entrar en la gracia de vuestro Hijo. (San Juan Damasceno.)

Dadme, Virgen Santa, que piense con frecuencia en Vos y os ame tiernamente, porque así contaré con una señal de mi salvacion. (S. Anselmo.)

En vos, Virgen divina, tenemos nuestra esperanza, nuestra santificacion, y, por decirlo así, nuestra salvacion. (San Bernardo.)

Vos sois, ó María, bendita entre todas las mujeres, porque vos sola habeis alejado la maldicion y abierto la puerta del cielo. (El Doctor Angélico.)

¡O bienaventurada Madre de Dios! Así como todos los que se alejan de Vos no pueden dejar de perecer, así todos los que se acercan á Vos y á quienes mirais con ojos favorables, no es posible que perezcan. (El Doctor Seráfico.)

¡O María! esta es nuestra esperanza; miradnos con ojos de compasion.

Con Vos, ó María, queremos compartir vuestras penas y angustias: hacenos participantes de vuestras glorias.

La sangre preciosísima de vuestro divino Hijo empapó la tierra para que brotara la santidad: haced, Madre amorosísima, que fecunde nuestros corazones y encienda en ellos la ardiente, fervorosa y celestial caridad.

M. S.

PATER, DIMITTE ILLIS.

Padre, perdónales. (San Lucas.)

SONETO.

Detén el golpe, pueblo deicida!
Que por tu crimen teme la natura
Volver al caos, y la tierra impura
Hundirse en él no ser estremecida.

Si en hora á las tinieblas concedida
Herirá al Criador la criatura,
Tiembra, chusma sacrílega y perjura,
De dar muerte al que crió la vida!

Heriste ya...¡Infeliz! Culpado mundo!
¡Ay! ¿á qué abismo, Vengador potente,
Desplomarás la raza pecadora?

Abre Jesús el labio moribundo,
Y á su Padre le dice tiernamente:
Perdona su maldad, porque la ignora.

L. R.

EL HIMNO DE TEODULFO.

Como este sábio Obispo era español, ó por lo ménos oriundo de España, daremos una pequeña noticia acerca de él, y de su himno que canta la Iglesia el Domingo de Ramos.

Teodulfo era un Obispo de Orleans, en Francia, tan piadoso como sábio. Carlo Magno le queria mucho, y se valia de sus consejos. Ludovico Pio, hijo de Carlo Magno, tambien le mostraba mucho aprecio; pero algunos émulos, envidiosos de su mérito y valimiento, hicieron creer al Rey que habia entrado en una conspiracion contra él. El Rey lo envió desterrado y preso al monasterio de Angers.

En ningun tiempo han faltado hom-

bres perversos, y Dios los permite como á las fieras, por sus altos fines, á fin de probar la virtud de los buenos.

Llevaba Teodulfo tres años de encierro, y quizá hubiera muerto en la prision. Llegó un Domingo de Ramos, y el Rey iba en la procesion con los monges, cuando al pasar por bajo de las rejas de la torre donde estaba Teodulfo, entonó éste una poesia en verso latino, sencilla y cadenciosa, y con voz uu tanto monótona y melancólica. Habíalo compuesto para aquel dia y con motivo de la festividad. El Rey se sintió conmovido por la sencilla y grave majestad de aquel himno: llamó despues al preso, oyó sus descargos, y le volvió á su gracia, conociendo, aunque tarde, su inocencia. Sus émulos, temerosos de que adquiriera el antiguo valimiento, le dieron veneno.

El himno de Teodulfo, que se canta á la puerta de la Iglesia, principia con unos versos que dicen:

Gloria alabanza y honor
á Jesús Redentor nuestro Rey,
á quien honra de niños la grey
entonando un hossanna al Señor.

EL PAPA

Y LOS GOBIERNOS.

Los periódicos romanos publican un admirable discurso pronunciado por el Papa el dia 3 de Marzo. La energia y el valor apostólico que muestra el augusto anciano en presencia de sus enemigos, en presencia de todos los gobiernos, asombran y conmueven, haciendo ver que quien así habla y así procede es verdadero representante de Dios en la tierra. Es imposible hablar con mayor ma-

testad, con mayor resolución y firmeza que lo hace Pio IX dirigiéndose á los poderosos del mundo, á los que gobiernan reinos y naciones. Esa es la voz del Pontificado, perpétuamente viva, y siempre intérprete de la verdad y de la justicia.

Comprendemos el ardiente entusiasmo que sintieron los romanos que tuvieron la dicha de oír el discurso del 3 de Marzo. Reunidas en la gran sala ducal del Vaticano mas de 1.000 personas de las parroquias de San Andrés y San Bernardo, iban á presentar al Pontífice el homenaje de su amor y fidelidad. Pio IX, seguido de seis Cardenales y de varios Prelados y personajes de su corte, se presentó en la sala al medio dia, siendo acogido con gritos entusiastas y prolongadas aclamaciones, que manifestaron los sentimientos de aquella muchedumbre. Calmada la efervescencia y sentado el Pontífice en su trono, el Párroco de San Andrés se adelantó hácia él, é hincando la rodilla, leyó un expresivo mensaje en nombre de todos. Una señora y una señorita recitaron dos bellas poesías, despues de lo cual se depositaron á los pies de Su Santidad las ofrendas de los fieles de ambas parroquias.

Pio IX se puso en pie, y deteniendo su mirada paternal sobre el pueblo conmovido, pronunció el magnífico discurso que va al pié de estas líneas. El Papa, dicen los romanos, parecia circundado de un esplendor celeste, y no se diria que era un prisionero quien hablaba con tan sublime y enérgico lenguaje.

Dijo así:

«Tambien vosotros, queridos hijos, habeis venido á aumentar los consuelos de vuestro Soberano y Vicario de Jesucristo. Tambien vosotros habeis oido la quejumbrosa voz de la iglesia, que al ver multiplicarse los males, por la obra de algunos de sus desnaturalizados hijos, exclama (y vosotros os unis á la exclamacion de esta madre abrumada de dolor): *Filios enutriví et exaltavi; ipsi*

autem spreverunt me. Esos hombres que se llaman católicos, y que, en efecto, recibieron en el bautismo el noble caracter de cristianos, en otros términos, de miembros del pueblo de Jesucristo; esos hombres que llevan tambien grabado en su alma, por la Confirmacion, el carácter de soldados de la iglesia, perjuros y rebeldes vuelven ahora contra la iglesia las mismas armas que ella les dió.

»Doloroso es, en verdad, el ver á tan considerable número de almas que tantos bienes recibieron de Dios, de la Iglesia y tambien de algun otro (*da qualcum altro ancora*) (sensacion profunda en los concurrentes), responder de esta manera á los beneficios de Dios y de la Iglesia.

»Pero observo que este fué siempre el medio empleado por el demonio, y permitido por Dios con un designio ante el cual debemos inclinar humildemente la cabeza.

»Habeis oido la explicacion del Evangelio de hoy; en él habeis visto los milagros obrados por Jesucristo, y cómo devolvía la vista á los ciegos y oído á los sordos. Pues bien, despues de semejantes prodigios y tales milagros, exclamaba el pueblo: Este es verdaderamente el hijo de David, el regenerador y amigo de la humanidad. Pero los encargados de dirigir al pueblo, gritaban por el contrario: ¡Obra prodigios por el demonio, está ligado con Belcebú!

»Queridos hijos míos, ¿no es esto lo que hoy sucede? ¿No tenemos incesantemente á nuestra vista este contraste, esta contradiccion? Vosotros venis á honrar al Vicario de Jesucristo, otros tienen á gloria el deshonorarle, despreciarle y envilecerle. Vosotros frequentais las iglesias y os prosternais ante los altares: vosotros levantais las manos, y más que las manos, los corazones, para pedir á Dios piedad, misericordia, perdon; vosotros pedis término á tantos males y la hermosa vuelta de la misericordia de Dios por la intercesion de la más admirable de todas las criaturas, de Maria Santisi-

ma. Otros, por el contrario, se lanzan á todo linaje de impiedades.

» Donde quiera existe este contraste. En la prensa católica se lee el relato de los triduos, de las novenas; se insertan edificantes discursos; en la prensa anticatólica se habla de teatros, de bailes, de fiestas mundanas. Hoy sucede lo que en los tiempos de la Iglesia naciente, en los tiempos mismos en que el divino fundador la establecía para salud de la humanidad, y podría decirse con el poeta pagano:

*Pugnant..... humentia saccis
Mollia cum duris, sine pondere habentia
(pondus.*

» El contraste se encuentra siempre y en todas partes; pero hace resplandecer mejor vuestra fé y vuestra adhesión á la piedad y á la religion.

» Oh! conservaos en estos sentimientos y no temais, no, los asaltos de los enemigos: la mano de Dios no dejará de protegeros. ¡Si! Dios nos mira, Dios nos vé; El vé que los hombres, por lo ménos una parte de ellos, han perdido el sentido.

» ¿Qué quieren ahora? (Aquí la voz del Pontifice tomó un tono mas solemne y su aspecto era mas majestuoso). Yo os lo diré; lo diré para instruccion de todos los Gobiernos que se llaman modernos.

» Los jefes de los Gobiernos actuales se han colocado entre dos fuerzas para combatir las igualmente. Por una parte, quieren combatir á la Iglesia, porque temen, dicen, su preponderancia; por otra, quieren combatir á los revolucionarios. Tienen miedo á la Iglesia, tienen miedo á los ultra-revolucionarios. Combaten á la Iglesia con la indiferencia y el desprecio; pretenden combatir á los ultra-revolucionarios con la fuerza y las bayonetas.

» Pero sin Dios, sí, sin Dios, no se puede vencer; sin Dios no hay Gobierno que pueda sostenerse con la fuerza ma-

terial; no hay Gobierno á quien baste la fuerza material, si los pueblos no han sido educados segun los principios de la justicia y de la religion.

» Estos sentimientos deben animar á los pueblos; estos sentimientos deben tener los que gobiernan á los pueblos, teniendo presente que Dios ha dicho: *Per me principes imperant*; y las palabras del Evangelio de hoy: *Qui non est mecum contra me est*. El Señor lo ha dicho terminantemente: el que no está conmigo está contra mi. No hay otro camino posible; y estos justos medios, con los cuales se quiere inclinar ya de un lado ya de otro, son medios vanos, que deben ser rechazados.

» Deseo que todos los Gobiernos sepan que he hablado así; deseo que sepan que hablo para su mayor bien.

» Tengo el derecho de hacerlo; tengo el derecho de hablar así á los Gobiernos; mejor que podian hacerlo Nathan á David y San Ambrosio á Teodosio el Grande. Sí, yo tengo perfecto derecho de hablar por su bien y por el bien de la sociedad; por su bien, para que no sean arrollados por un enemigo que les amenaza constantemente; por el bien de la sociedad para que no sea oprimida por tantas falsas doctrinas, por tantas vejaciones, por tantos impuestos que ya son insoportables.

» ¡Oh, mi Jesús! levantad, os ruego, levantad las manos para bendecir á vuestro pueblo; levantad vuestras manos para bendecir á los que se hallan aquí y á los ausentes; y hoy que meditamos sobre la curacion de los ciegos y mudos, curad, Dios mio, á ciertos ciegos que hay en el mundo y hacedles conocer el peligro en que se encuentran para que vuelvan á vos. ¡Ah! que no tengan que encontrarse con un Moisés que los sepulte en las ondas del Eritreó, sino que esperen, más bien, vuestra divina misericordia; que se arrepientan de sus pecados, que los lloren y que vivan.

» Confirmad, Dios mio, la palabra de

CULTOS RELIGIOSOS.

vuestro indigno Vicario; sostened esta mano, que la vejez debilita (viva sensación en la concurrencia: el Papa hizo una breve pausa, poseído de emoción). Dadle fuerza para conservar el espíritu que necesita si ha de mantenerse constante hasta el fin en el ejercicio de su santo ministerio y de sus tremendos deberes. Levantad esta mano, Dios mío, y bendecid este pueblo querido que me escucha, y el que se halla fuera de este recinto. Bendecid á todos los que me bendicen; consolad á todos los que me consuelan; iluminad á todos los que me combaten.

«*Benedictio Dei, etc.*»

Todos los asistentes á esta sublime escena estaban dominados por la mas viva emoción, y no podían contener las lágrimas y los sollozos. Al alejarse el Papa, un inmenso grito de amor resonó en todo el augusto recinto, y las aclamaciones de entusiasmo se oyeron durante algunos momentos.

Visita de la Corte de María en la presente semana.

Día 23.—La Divina Pastora, en las Capuchinas y la Misericordia.

Día 24.—Ntra. Sra. de los Desamparados, en San Francisco.

Día 25.—Ntra. Sra. de la Asuncion, en Sta. María y la Misericordia.

Día 26.—La Inmaculada Concepcion de Maria, en S. Nicolás y Sta. María.

Día 27.—Ntra. Sra. de los Remedios, en San Nicolás.

Día 28.—Ntra. Sra. de los Dolores, en San Nicolás, en el Cármen y en Santa María.

Día 29.—Ntra. Sra. del Rosario, en San Nicolás y Sta. María.

Sábado.—En Sta. María predicará en la novena de la Soledad D. Antonio Sanchez, Pbro. y en los demas dias por su orden D. Florentino Zarandona, canónigo; D. Antonio Miravete, idem: y Don José Juliá, capellan de las Agustinas.

Domingo.—En la Colegial se hará la bendicion de palmas á las nueve, en la que predicará el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo magistral. En Sta. María á la misma hora, y en Ntra. Sra. de Gracia á las ocho misa mayor.

Lunes.—En la Colegial, Sta. María y Ntra. Sra. de Gracia, la misa mayor á la hora de costumbre.

Miércoles.—A las cuatro de la tarde maitines en la Colegial y Sta. María.

Jueves Santo.—Los Divinos oficios empezarán á las ocho de la mañana en las iglesias de Agustinas, Capuchinas, Ntra. Sra. de Gracia, Misericordia y en el Cármen: á las nueve en la Beneficencia: á las nueve y media en la Colegial y Sta. María. A las dos de la tarde se dirá en la Colegial el sermón del Mandato. A las cuatro Maitines en todas las iglesias. En las Agustinas y la Misericordia á las ocho de la noche sermón de pasión que predicará D. José Carratalá y D. José Juliá.

Viernes Santo.—En la Colegial á las seis de la mañana sermón de pasión y en Santa María predicará D. Joaquin Garcia, cura de la misma: en Nuestra Sra. de Gracia, predicará D. José Gomis vicario. En todas las iglesias los divinos oficios á las siete, menos en la Colegial y Santa María que serán á las nueve, y en la Beneficencia á las ocho y media. Por la tarde los maitines en la Colegial y Santa María á las tres y media. A las seis saldrá de esta iglesia la procesion del «Santo Entierro» que recorrerá las calles de costumbre, y á la entrada predicará D. Antonio Garcia Escorcía, capellan del hospital militar.

Sábado.—A las siete los oficios en las Monjas y la Misericordia; á las siete y media en Ntra. Sra. de Gracia; y á las ocho y cuarto en la Colegial y Santa María.